



Los últimos días de Chichén.

AL DR. D. DOMINGO VADILLO A.

I.

Semejando la flor bellísima que se destaca entre el verdor de la selva, se alzaba, allá en el fondo del bosque misterioso, la metrópoli soberbia de los Itzaes, la opulenta *Chichén*, con sus esbeltas torres, sus templos suntuosos, sus pirámides magníficas, sus palacios inmensos, sus calles populosas, por las que transitaba un pueblo inteligente, de instintos nobles, un pueblo artista por excelencia, el más civilizado tal vez de los que poblaron el suelo yucateco.

Pero ¡ay de la ciudad magnífica!

II.

“¿Has visto ¡oh rey! en los días de tormenta, arrancarse de raíz el árbol corpulento al soplo airado del huracán? ¿Has visto la flor lozana que brota en las praderas, languidecer bajo los rayos del sol ardiente y marchitarse luego hasta morir? ¡Oh rey! tú eres grande y poderoso! Cien

monarcas te rinden vasallaje y tus estados tienen por límite el mar. Y tu pueblo es también grande y potente ¡oh rey! el más sabio de los reyes.

Pero únicamente los dioses son inmortales, y el poderío y la grandeza de *Chichén* se acabarán y habrán de ceder al empuje del tiempo y de los sucesos, como el árbol á la furia del vendabal, como la flor bajo los rayos abrasadores del astro de fuego! Y grandes, inmensas serán las desgracias que han de caer sobre tu pueblo, tan grandes como él mismo! Porque un día los dioses abandonarán á los Itzaes, y entonces ¡ay de ellos! Y la causa será una mujer. ¡Oh! esto dicen los oráculos sublimes! ¡Infeliz de tu pueblo, oh rey!"

Estas fueron las tremendas profecías que en los tiempos remotos pronunciara el *Chilam* sagrado delante de *Toh-cah*, el más poderoso de los monarcas Itzaes.

Y pasaron los años, veloces como el ave que cruza rápida el espacio. ¡Y nadie se acordó más!

III.

¿Quién no conocía á *Ontecil*, la hija de *Molcab*, el viejo guerrero? Jamás en las fiestas aventajóla nadie en hermosura, ni hubo tampoco en los sacrificios joven más piadosa que ella. Y *Ontecil* éra la prometida del rey. En clara noche de luna el monarca la había hablado de amor, y en el fondo de su pecho habíase impreso para siempre el fuego de las miradas de

Canek. Amaba al rey con todo su corazón! ¡Y era feliz! Pero ¡ay! en este mundo todo es frágil, efímero como la vida del insecto. Y llegaron para *Ontecil* los días negros, los días de la desgracia! ¡Desgracia tremenda! Y en una tarde de *Moan*, una tarde de cielo azul en que cantaba alegre el ruiseñor y soplaba leve el *noholik* benéfico, *Ontecil* hilaba á la puerta de su choza humilde, cuando llegó su padre. Extraña turbación se notaba en la arrugada faz del anciano guerrero. Y sentándose al lado de su hija, tomó entre las suyas su mano delicada, y con voz trémula le dijo: "*Ontecil*, prepárate para grandes cosas. Porque has de saber que los dioses te deparan una prueba terrible. ¡Voy á revelarte un secreto! Por tus venas corre la sangre brava de los mayas, mezclada con la itzá. Sí, porque tu madre ¿sabes quién era? La hermana de *Cay* el *Batab* famoso. ¿Oíste? Pues bien, *Ulmil*, el noble Príncipe de *Mayapán*, me ha pedido tu mano, amenazándome, si se la niego, con la ruina de *Chichén* y de los suyos. Y se la he prometido. Piensa, *Ontecil*, en la patria."—Y el anciano calló.

Y calló también el ruiseñor en la vecina fronda; y cesó de soplar el viento suave del medio día, y pardas nubes se extendieron por el azul del cielo . . .

Y lo que la doncella dijo entonces á su padre, jamás lo ha sabido hombre alguuo.

IV.

Negra como una noche de tormenta, era la duda que embargaba el espíritu del rey. Porque sospecha terrible se agitaba en su cerebro, y su corazón sufría en la incertidumbre. Y sueño terrible había tenido la noche pasada. Había visto á su pueblo convertido en gusano minúsculo que débilmente se arrastraba por el suelo, mientras que astuto gavilán acechaba sus movimientos para luego caer sobre él y llevárselo en su corvo pico! ¡Oh, los odiados mayas! ¡Tan aborrecidos como poderosos!

Y dijo el rey: "Traedme á *Cutz*, el jorobado, para que distraiga mi dolor!" Y el bufón entró en la regia sala. Mas no reía como de costumbre y sus ojos miraban vagamente al rey. ¡Habla! gritó *Canek*, dí ¿qué te ocurre? ¿Por qué asoma la tristeza á tu rostro?—¡Oh, poderoso monarca, murmuró el jorobado, tú eres grande!—¡Basta de adulación, rugió *Canek*, ó sentirás el poder de mi brazo, juro á los dioses!

—Perdón, señor, si te ofendí. Y si quieres, escucha: ¿Sabes por qué nubló mi frente el dolor? Porque he visto hoy una cosa horrible. He visto al rayar la aurora salir de *Chichén* una litera y dentro al Príncipe *Ulmil* y en sus brazos . . . señor, tiemblo al decirlo.—Habla, gritó *Canek*.—He visto . . . á *Ontecil*, la hija del jefe *Molcab* . . .

Mudo de estupor quedó *Canek*, y luego gritando "¡Traición!" corrió á la morada del viejo guerrero. Y llegó . . . y ¡oh desesperación! ¡estaba desierta!

V.

¿A qué obedecía la extraña animación que se notaba en todos los ámbitos de la tantas veces famosa corte de los soberanos mayas? Todo en Mayapán respiraba alegría, júbilo inmenso, que se derramaba por sus calles y plazas. Se veían entrar y salir de los templos hombres y mujeres ostentando sus trajes más espléndidos; aquí y allí se bailaba, se cantaba, se bebía *balché*, se levantaban tablados, se organizaban diversiones. ¿Qué era lo que pasaba? ¿Se daban gracias al cielo por algún suceso favorable á la nación? ¿Celebrábase acaso las fiestas de la victoria? Eran los festejos decretados para solemnizar el matrimonio del príncipe *Ulmil*. ¿Quién es la consorte? se preguntaban unos á otros. ¿No lo sabéis? Es una itzá. Es la hija de *Molcab*, el anciano guerrero de la corte de *Canek*. Es *Ontecil*. Y seguía la fiesta y el bullicio. En la calle se veían hombres embriagados gritando á voz en cuello, mientras que la multitud se aglomeraba poco á poco frente al palacio real, en donde alegres resonaban los *tunkules* y los acompasados cantos de los sacerdotes. La boda se celebraba con esplendor y pompa nunca vistos. Y la multitud, ebria de contento y de licor, gritaba, cantaba,

vociferaba con verdadera locura, en inmensa explosión de alegría.

Y de pronto, dominando el estruendo de las voces y de los instrumentos, retumbaba siniestro en el espacio, un grito terrible que llena de pavor los corazones y hiela la sangre en las venas:—*Itzalán, Itzalán!*—¡Era el grito de guerra de los itzáes!

.....
Desesperación, gritos de terror, alaridos de pánico, confusión, atropellamiento, gemidos de angustia, rugidos de rabia, ayes de moribundos, flechas que silban en el aire, lagos de sangre, el espanto, la desolación y la muerte sustituyen á la escandalosa orgía á que momentos antes se entregara la populosa ciudad, ahora invadida por miles de feroces guerreros. Y, descollando entre todos, un jefe se adelanta y bajo una lluvia de flechas penetra audaz en el palacio de los reyes. Los guardias, los nobles, los sacerdotes, caen heridos de muerte á los golpes de la tremenda maza que agita con su brazo de atleta. Y entre desorden y carnicería llega al aposento nupcial, donde se celebra la ceremonia. Allí, sobre el altar del sacrificio, corre aún la sangre de la víctima, y la novia, lívido el semblante de terror, yace en tierra sin sentido. La toma en sus brazos el guerrero, y matando siempre, la conduce por entre la muchedumbre aterrorizada que llena las calles, hasta las afueras de la ciudad.

—Y ese guerrero es *Canek*, el monarca itzá, que recobra á su prometida, la bella *Ontecil!*

VI.

En el fondo de su palacio el rey celebraba consejo con los jefes. Porque temía la cólera de los mayas, temía la venganza de *Ulmil*. En efecto, si las huestes de Mayapán cayeran sobre la ciudad itzalana, pasado el estupor del primer momento, ¡pobre *Chichén!* Pobre capital en un tiempo poderosa y ahora debilitada por el ocio y los placeres. *Canek* temblaba ante la ruina de su pueblo porque era supersticioso y la imagen de su sueño no le abandonaba ya un solo momento!

Y en medio de las deliberaciones del consejo, aparece de repente ante los ojos del rey, pálido, sudoroso, jadeante, *Cutz*, el jorobado. «Señor, gritó, apresúrate porque el ejército de los mayas viene sobre *Chichén*. Y son, señor, numerosos como una nube de langostas y están furiosos como tigres. ¡Así lo dicen los espías! ¡Ay de nosotros si los dioses no nos protegen! Y nubláronse los ojos del rey.

.....
Y momentos después una larga fila de hombres, mujeres y niños salía de la ciudad, que quedó solitaria, triste, abandonada. Y en el centro de la columna, junto á las efigies sagradas de los dioses, cuatro robustos esclavos conducían en

hombros una litera, dentro de la cual *Canek*, abatido, lloroso, estrechaba en sus brazos á *Ontecil*, su bella esposa. Y caminaron mucho, mucho, siempre al Oriente, mientras á sus espaldas el sol agonizaba entre nubes de púrpura! ¡Con él moría también la grandeza de un pueblo!

.....
Y caminaban, caminaban, entre las sombras de la noche. Y cuando el rey volvió el rostro hacia atrás, contempló un inmenso resplandor rojizo.

¡*Chichén* ardía!

VII.

Y en las lejanas tierras del Petén, el pueblo itzá pasó la última etapa de su existencia. Y allí grabóse en inmensa mole de piedra, con caracteres jeroglíficos, la leyenda de *Ontecil* la bella y *Canek*, el último y el más desdichado de los reyes de *Chichén*. Y por esa piedra se sabe que *Molcab* murió asaetado, víctima de la cólera de *Ulmil*, el príncipe maya.

.....
Y así se cumplieron las tremendas profecías que allá, en los remotos tiempos, pronunciara el *Chilám* sagrado, delante de *Toh-cah*, el más poderoso de los monarcas itzaes.

Y pasaron veloces los años, como el ave que cruza rápida el espacio....



EL BRINDIS DE D. ALVAR.

Para Carlos R. Menéndez.

I.

Muchas veces había yo visto aquellos desmantelados muros que se alzaban en medio de la selva, solos, tristes, como fantásticos esqueletos, sumidos en su funeral misterio, y en irónico contraste, cubiertos de árboles frescos, lozanos, pletóricos de savia y de verdura, que hincaban sus vigorosas raíces en las grietas húmedas de las sombrías paredes, como si la vida quisiera estrechar en sus brazos á la muerte.

¡Cuánto tiempo habrían pasado así las ruinas solitarias, aquellas ruinas que tantas generaciones habían visto, siempre silenciosas, abandonadas, tristes, inmensamente tristes, con no se qué de pavoroso y lúgubre, que hacía pensar al verlas en cosas trágicas, en algo misterioso que hubiera pasado tiempos atrás bajo aquellas derruidas arcas en cuyos capiteles rotos habitaban ahora las le-

chuzas y los murciélagos, entre aquellas columnas derrumbadas y llenas de musgo, que un día sostuvieron tal vez artesonados techos! Un ambiente de extraña melancolía se respiraba en aquel lugar, despertando en la mente la nostalgia del pasado. Hasta el viento, cuando pasaba silbando por las hendiduras del muro, parecía que entonaba la canción del olvido, algo así como un salmo de amargura; y aun los animales silvestres tenían miedo de penetrar por los derruidos pórticos, como si algo sobrenatural y siniestro protegiera el imponente recinto, acaso resto de grandezas pasadas. ¡Qué tristes eran las ruinas!

“Xlapak” (1) las llamaban los indios de las cercanías; pero nadie sabía una palabra de su historia ni de su origen. Tan sólo, como añeja tradición, se contaba por los alrededores, que cada año, al mediar la noche de difuntos, se oía salir del interior de las ruinas un infernal concierto de carcajadas, gritos, imprecaciones, ahullidos y mil rumores discordantes y confusos que resonaban entre el choque de copas y botellas, como si todos los demonios del infierno celebraran allí una orgía salvaje y desenfrenada. Pero nadie dijo nunca lo que esto significaba, ni el más atrevido osó siquiera acercarse á las ruinas en aquella noche.

(1) Pared vieja.

II.

Revolviendo antiguos cronicones en el desvencijado archivo de una aldea vecina, encontré en una ocasión un carcomido infolio, apenas legible por el tiempo y la humedad, pero en el cual, no obstante, me fué posible leer, con gran sorpresa, la extraña relación de un suceso que me trajo á la memoria la conseja de las cercanas ruinas de “Xlapak” y que aún llegué á creer estuviera identificada con ella. He aquí trasladado al lenguaje usual, un extracto de lo que en obscuro y casi indescifrable idioma anticuado, decía el vetusto documento.

III.

D. Alvar Sánchez de Miranda se llamaba un castellano que en pos de la fortuna vino á Yucatán, siguiendo el camino que tantos otros emprendieron en la época de la conquista.

Y fácilmente obtuvo el aventurero español que, como era costumbre entonces, se le diera una encomienda de indios con tierras para explotar, á la que desde luego se trasladó edificado para su residencia una soberbia morada en el centro de sus dominios. Allí vivió desde entonces D. Alvar, como un tigre en su madriguera, acumulando oro en sus arcas y divirtiendo sus ocios en atormentar á sus esclavos.

Ceñudo y altivo, el encomendero sólo reía cada vez que sus amigos lo visitaban para celebrar con él una alegre francachela ó para correr la caza en las florestas vecinas. ¡Oh, cómo temblaban los pobres indios cuando los caballos de D. Alvar, corrían por el bosque, porque muchas veces, á falta de ciervos, los castellanos disparaban sus arcabuces sobre los esclavos que trabajaban en las sementeras. D. Alvar era muy malo, más perverso y más cruel que el mismo demonio! Su alma se veía asomar en sus ojos siniestramente negros como sus crímenes y sus rencores. . . . Todos aborrecían á D. Alvar y todos le temían.

IV.

Llegó el día de los difuntos, el día solemne en que la iglesia y los mortales, sin excepción, se acuerdan de los que no existen, el día de las oraciones y las reminiscencias, en el cual los indios cristianizados observaban por costumbre y observan aun ciertas prácticas, en las que su espíritu supersticioso mezcló los mitos de la religión de sus padres con las enseñanzas del catolicismo.

Llegó el día de los muertos y en todos los pueblos, haciendas y mayorazgos, los indios obtuvieron permiso para no trabajar y dedicarse á ejercicios piadosos; todos los esclavos fueron á oír misa en sus parroquias respectivas, y después á dedicarse en secreto á las ceremonias en honor

de los manes de sus antepasados; todos, menos los siervos de D. Alvar Sánchez. El feroz encomendero no quiso perder un día del trabajo que le aprovechaba y ordenó al capataz que condujese al tormento al infeliz que no quisiera trabajar en aquel día, sagrado para los indios apenas cristianos, é indiferente para el perverso hijo de la católica España. ¡Ah! pero el corazón de éste era muy duro para contentarse sólo con ésto! Después, como para completar su despótica burla á las creencias de sus sirvientes, ordenó para aquella noche un espléndido festín, en el cual, dijo, vería si las ánimas benditas le impedían beber hasta el fondo de sus barriles de Oporto y saborear sin remordimiento los ricos manjares que poblarían su mesa. Y una veintena de amigos de la calaña de su anfitrión, llegaron al anochecer á la casa de D. Alvar, que los esperaba para dar principio á la orgía, en un regio salón, adornado de flores y resplandeciente de luces, en el cual estaba preparado el opíparo banquete. El festín comenzó.

Y en tanto, entre las sombras de la noche, desfilaban por enfrente de la casa principal, los indios que, jadeantes y sudorosos, volvían del trabajo. Uno á uno fueron retirándose á gozar del exiguo descanso que se les daba, con la frente abatida, tristes y preocupados por el abandono de sus prácticas anuales, lleno el espíritu de supersticioso terror.

Después de que todos se alejaron, el silencio y las tinieblas de aquella noche sepulcral envolvieron como en una fúnebre mortaja el adusto caserón del encomendero, cuyas ventanas abiertas parecían las bocas de un infierno, y de las cuales salían las carcajadas de los comensales, profanando el silencio augusto de la lúgubre selva.

Y un indio que se atrasó en seguir á sus compañeros, llegó á su vivienda azorado y temeroso, contando cómo al volver la vista en dirección á la casa del encomendero, había contemplado muchos bultos blancos que siniestramente vagaban al rededor de los almenados muros.

V.

El banquete llegó al colmo de la alegría

“¡Que brinde Sánchez! ¡Que nos diga un brindis nuevo D. Alvar!” gritaban ebrios los convidados.

El encomendero se irguió con la copa en la mano, chispeantes los ojos y sonriendo sarcásticamente.

—¡Vive Dios! dijo. ¿Queréis un brindis nuevo? ¡Pues bien, vaciaré mi copa en honor de alguien por quien es bien difícil que se haya brindado nunca. ¡Compañeros, por las almas del purgatorio!....

Una carcajada estruendosa, delirante, satánica, estremeció trágicamente el espacio Después, nada se escuchó, ni

una palabra, como si todos los comensales se hubieran muerto.

Afuera en tanto, la brisa nocturna lloraba entre los árboles tristemente, y allá en el interior de sus miserables chozas, los siervos de D. Alvar dormían, soñando en suplicios y terrores, viendo en sueños tal vez la faz altiva del ceñudo encomendero.

VI.

Amaneció. Y es fama que cuando los primeros trabajadores llegaron á la casa principal, se estremecieron de espanto al ver en la sala del convite, en torno de la mesa llena de flores, de vasos y botellas, muchos esqueletos humanos, en alto los descarnados brazos, sosteniendo cada uno su copa rebosante de Valdepeñas, rojo como la sangre, y con las mandíbulas desnudas, siniestramente contraídas en una mueca espantosa de sarcasmo . . .

VII

La casa se abandonó desde este día y los aterrados indios se alejaron para siempre de aquel lugar funesto. Entonces, la señorial morada del rico encomendero, abandonada en medio de los bosques, fué arruinándose poco á poco, sepultando entre sus escombros los restos maldecidos de D. Alvar y sus secuaces que habían profanado el día santo de los muertos.

Y desde entonces cuando llega la media noche de ese día, se oye de nuevo el estruendo del festín que entre las ruinas de la casa celebran cada año las almas en pena del encomendero y sus sacrílegos convidados.

IX.

¿Será cierta la relación del viejo manuscrito? No lo sé. Pero puedo deciros que desde entonces me parecieron todas las ruinas mucho más lúgubres y más tristes . . .



FLOR DE SANGRE.

I.

La hora fatal, predicha hacía mucho tiempo en las páginas de los *anahtécs* sagrados, donde con mano convulsa escribieran sus profecías los *chilames*, había llegado. Los hombres de blanca tez habían venido de allá, de muy lejos, en sus buques maravillosos, llevando por delante un signo extraño que llamaban la Cruz y esparciendo en derredor la muerte con sus armas terribles que lanzaban el rayo, á conquistar la tierra de que fueron los mayas únicos señores.

Y gobernaba entonces en Sotuta, Nachi-Cocom, el cacique indomable, el de voluntad recia como el pedernal de las hachas, de corazón de fuego en que se agitaban las pasiones y bullía el orgullo retador jamás humillado por el miedo ó la vergüenza.

Y cuando vinieron presurosos sus espías de las costas de *Cuzamil* y oyó la tremenda noticia de la llegada de los hijos del Sol, el cacique sintió que la san-